

La izquierda y los cristianos

LA izquierda española ha tenido desde sus orígenes una difícil relación con el mundo cristiano. Pero desde hace unos cuarenta años la Iglesia se ha ido abriendo al movimiento obrero a través de los movimientos apostólicos de Acción Católica, la Hoac, los movimientos especializados de juventud (obreros en la JOC, estudiantes en JEC, medios rurales en la JARC y medios independientes en la JIC), a través también de las Congregaciones marianas de medios obreros, las Vanguardias obreras. Por otro lado la militancia de los cristianos en organizaciones de izquierda dejó de ser excepcional. Había cristianos en el FLP, conocido popularmente como «Felipe» y sus paralelos vasco y catalán, a finales de los sesenta también en el Partido Comunista. Algunos, pocos pero notables, en el Partido Socialista.

En Europa no sorprende la presencia política de los cristianos en cuanto cristianos. Sobre todo en el pasado. Los padres de Europa —R. Schuman, K. Adenauer, Ch. de Gaulle (a su manera), A. de Gasperi— fueron católicos y militantes del centro. En la actualidad el comisario impulsor de los Tratados de Maastricht y Amsterdam, el socialista Jacques Delors y el actual comisario, el democristiano de izquierda Romano Prodi son conocidos por su militancia política inspirada en el cristianismo evangélico, en el personalismo de Mounier y en el humanismo integral de Maritain. En los gobiernos, se sientan socialistas católicos como Antonio Guterres en Portugal o anglicanos como el laborista

Tony Blair. El recientemente elegido presidente de la RFA, Johannes Rau, de la Iglesia Evangélica, pertenece a una corriente protestante del socialismo francés y Massimo D'Alema, personalmente agnóstico, preside un gobierno de izquierda democrática donde hay antiguos comunistas y católicas como Livia Turco y democristianas de izquierda como Rosy Bindi. España en el conjunto europeo puede considerarse una excepción.

Hay que apreciar, sin embargo, las diferencias que existen entre los diversos contextos políticos. Hoy ha cambiado el marco ambiental. En España no existen ahora «cristianos en política» sino algunos políticos que, en su fuero interno, son cristianos. Y en Europa el número de «cristianos en política» es menor que antes y no parecen tener el mismo relieve que entonces.

De dónde venimos

EL marxismo fue mucho más certero en sus denuncias que en sus propuestas. La relación entre izquierda y cristianismo no es una novedad de este fin de siglo aunque sean nuevos los retos en el contexto de la mundialización y la apuesta cristiana por un giro de solidaridad internacional. Teniendo en cuenta estos matices, reflexionar sobre esta relación de la izquierda en general con el cristianismo nos parece aún hoy importante.

No es posible repasar detenidamente los hitos de este camino de encuentros y desencuentros. Baste citar la «Mater et Magistra» y la «Pacem in terris» (1963, n. 159) de Juan XXIII, el Concilio Vaticano II («Gaudium et spes», n. 75) o la «Octogesima adveniens» (Pablo VI, 1971, n. 49.50) en la que expresamente se dice: «En las situaciones concretas y habida cuenta de las solidaridades que cada uno vive, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe puede conducir a compromisos diferentes»

De aquella época también el diálogo promovido por la Paulusgesellschaft y el papel de las iglesias en la construcción

de un nuevo clima espiritual de Europa a partir del Acta de Helsinki o las asambleas ecuménicas de Basilea y Graz. En América Latina la experiencia de la teología de la liberación y las comunidades eclesiales de base han sido plataformas de diálogo. Y Juan Pablo II en documento reciente (exhortación postsinodal «Ecclesia in América») realiza una enérgica crítica del «neoliberalismo», defiende los procesos de democratización del Estado de Derecho y los Derechos Humanos, efectivamente historizados en la perspectiva de las mayorías populares (nn. 56-57).

Dónde encontrarse

DEL cristianismo que quiere ser fiel al Evangelio forma parte no sólo su integridad personal, sino su compromiso con el mundo donde vive y trabaja y donde otros muchos malviven y no tienen puesto para trabajar. Aquí las neutralidades incontaminadas no son posibles. Cerrar los ojos para no ver viene a confluir con la corriente de quienes, precisamente porque no hacen nada, se mezclan con el grupo de los que nada intentan cambiar. La Palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada —el pensamiento es de la «Octogésima adveniens»— si no va acompañado del testimonio de la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, especialmente en aquellos puntos donde se juegan su existencia y su porvenir. El compromiso cristiano tiene que encontrar un lugar de realización también en la acción política. Si ese compromiso se orientase únicamente a diferentes formas de voluntariado o colaboración con ONGs, entonces el encuentro crítico con las diferentes corrientes políticas no sería posible. El desencanto de la izquierda cristiana española ha llevado a la mayoría de ésta a reducir la dimensión política de la fe cristiana a una «militancia humanitaria». Por ello nos atrevemos a afirmar que, si no se produce una revitalización del compromiso político estructural de los ciudadanos cristianos, no habrá encuentro posible con la izquierda.

El reencuentro ha de producirse, evidentemente, en las

prácticas sociales, culturales y políticas. De hecho éste ha sido el aspecto recientemente subrayado por dirigentes como R. Jáuregui, J. Bono y otros al referirse al mundo cristiano. En primer lugar el encuentro entre cristianismo e izquierda tiene que ser allí donde se realizan los combates por el hombre, por los derechos humanos, contra la exclusión. Hay datos actuales que no dejan de producir una cierta sorpresa: en 1996 el 82% de los que votaron al PSOE se declaraban católicos. En 1995 el porcentaje de votantes a IU que se declaraban católicos llegaba al 65%. Entre todos los personajes históricos, la mayor identificación de los militantes socialistas se producía, no con Carlos Marx o con Pablo Iglesias, sino con Jesús de Nazaret.

Si esto es así, parece claro que el cristianismo no puede ignorar a la izquierda, pero la izquierda tampoco puede ignorar al cristianismo. La reconstrucción de la izquierda española exige una operación profunda. Hay que crear un nuevo sujeto que sea portador de un nuevo programa. Y la izquierda española en su laicismo poco abierto y crítico no debería ni relegar a la esfera puramente privada ni tampoco ignorar que los cristianos encuentran en el evangelio unas enseñanzas y unos comportamientos que llevan a la construcción de una sociedad humana más justa y solidaria. Sólo si la izquierda española se aproxima a la experiencia italiana de l'Ulivo o se decide a recorrer el camino, aún nebuloso, de la tercera vía que proponen T. Blair y A. Giddens encontrará alguna razón para reflexionar sobre el papel político de la religión en la refundación teórica de una nueva cultura política de izquierda europea. No se han visto declaraciones claras al respecto de líderes políticos como González, Anguita, Maragall, Almunia o Borrell, aunque alguno de ellos haya esbozado tímidos gestos de acercamiento.

A dónde vamos

ANTE esta perspectiva surgen propuestas y nacen preguntas.

Se debe promover un cambio de actitudes que permita tender

puentes y abrir caminos a un conocimiento y reconocimiento mutuos. La izquierda podría redescubrir en el mundo cristiano la vitalidad y motivación para trabajar social, cultural y políticamente en la refundación de la política. Es éste un no despreciable «yacimiento» de posibles militantes, motivados para dar un impulso a la repolitización de amplios sectores sociales. Y los cristianos, en contacto con una izquierda renovada, podrán reavivar algunas inquietudes y sensibilidad ante los problemas sociales para no tranquilizarse a la sombras de los importantes y exigentes documentos sociales de

Juan Pablo II.

Para la convergencia entre sectores cristianos de izquierda y partidos políticos, hace falta un nuevo sujeto político portador de una cultura política también renovada. En las dos orillas crece siempre la amenaza de intentar manipular a los otros.

Pero junto a la convergencia en la militancia, hay que afrontar un trabajo cultural de permeabilizar algunos valores éticos con los que el mundo cristiano puede contribuir poderosamente a configurar ese nuevo sujeto político: sentido del compromiso, solidaridad, austeridad, entrega. Sería arrogante y además injusto creer que los cristianos poseen el monopolio de esos valores y actitudes. Pero, independientemente de otros análisis, sería equivocado ignorar la voluntad de transformación y de altruismo de no pocos grupos cristianos. La izquierda, también ella expuesta al peligro de degenerar en «beautiful people», no debería prescindir de esos filones que difícilmente encontrará en otros espacios.

LA pobreza teórica de la izquierda española, y en concreto del socialismo español desde sus orígenes, no favorece precisamente este diálogo. Creemos que nuestra actual izquierda ha trabajado poco estas cuestiones y los que lo hicieron han pasado a una cierta clandestinidad intelectual. La izquierda cristiana integrada en el PSOE y en IU, sobre todo después de 1986, vive un cristianismo «privatizado». La mala conciencia del pasado nacionalcatolicismo la empuja a refugiarse en la privacidad.

Pero al hacerlo así está renunciando a ejercer la mediación cultural y política de la fe. Por su parte la izquierda ajena al mundo cristiano deberá comprender que sólo en la medida en que se abra al catolicismo de base, a ese mundo católico popular ligado a tantos movimientos sociales, ONGs, voluntariados de solidaridad, asociaciones, etc, podrá realizar una verdadera transformación cultural y política de la sociedad. Esta apertura exige una voluntad de diálogo como la que ensayó, después del fracaso de la Unidad Popular en Chile, el catolicismo social italiano y el partido comunista de aquel país, que debía haber dado lugar al «compromesso storico», que protagonizaban E. Berlinguer y A. Moro. Las actuales experiencias políticas europeas sugieren que estamos ante nuevas posibilidades entre el mundo cristiano y la izquierda.